

MONIKA HELFER

# MI PADRE

Traducción de Gabriela Adamo



Helfer, Monika

Mi padre / Monika Helfer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2023.

168 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Gabriela Adamo.

ISBN 978-987-628-699-2

1. Novelas. I. Adamo, Gabriela, trad. II. Título.  
CDD 833

Título original: *Vatí by Monika Helfer*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: marzo de 2023

Förderung durch das Bundesministerium für Kunst, Kultur, öffentlichen Dienst und Sport  
Financiamiento del Ministerio Federal de Arte, Cultura, Función Pública y Deporte

 **Federal Ministry**  
**Republic of Austria**  
Arts, Culture,  
Civil Service and Sport

© Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, München, 2021  
Derechos negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent  
© de la traducción Gabriela Adamo, 2023  
© de la presente edición Edhasa, 2023

C/ de la Diputació, 262, 2º 1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 50 327 069  
Argentina  
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-699-2

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 2.500 ejemplares de *Mi padre*, de Monika Helfer, se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., el 24 de febrero de 2023.

Para mis Últimos

Le decíamos Papi. Era lo que él quería. Le parecía moderno. Quiso inventar, para nosotras y a través de nosotras, un hombre que estuviera a tono con los nuevos tiempos. Que diera a entender un pasado distinto. De día y también de noche pienso en él, sentado en su sillón junto a la lámpara de pie, rodeado de niños, propios y ajenos, como los de la planta baja. La pelota que pasa al lado de sus pies, por debajo del asiento, no lo sobresalta: él lee.

En la fotografía que tengo pegada en la pared, encima de mi escritorio, se lo ve a la izquierda, un poco alejado. Como si no formara parte. En todas las demás fotos que me mostró mi madrastra, nuestro padre está en el medio de la gente, al lado de nuestra verdadera madre. Era lo que correspondía; al fin y al cabo, él era el administrador del Establecimiento de Recuperación para Lisiados de Guerra, ubicado en Tschengla, a 1.220 metros por encima del nivel del mar. El anfitrión. En la mayoría de las fotos, sonrío. En la que está sobre mi escritorio no. Mi hermana Gretel y yo estamos adelante, con nuestra madre, sus manos sobre nuestros hombros. Nadie sospecharía que ese hombre a la izquierda es nuestro padre. Parece alguien de la ciudad que se sumó al grupo de casualidad. En cuanto a los demás, algunos, en efecto, son de la ciudad –tal vez, incluso, la mayoría–, pero están vestidos como si fuesen de acá: chaquetas tirolesas con botones

de asta, zapatos cerrados y sólidos aunque sea verano. Seguro que les habría gustado ser de acá. Porque acá estaba el paraíso. Las praderas repletas de las flores más coloridas. Yo las conocía todas.

En los años noventa, cuando yo misma ya tenía cuatro hijos, fui con mi padre a visitar a mi hermana Renate a Berlín. Él quiso. Yo no. Temía que surgiera alguna situación incómoda. Temía que él quisiera resolver algún tipo de secreto, que quisiera contarme de sí mismo; todo me hubiese resultado incómodo, la anécdota más inofensiva. Cuando conocemos a una persona durante toda una vida y recién al final nos enteramos de quién es en realidad, puede ser difícil de soportar. Ya era medianoche cuando llegamos; los trenes habían tenido casi dos horas y media de retraso, no había coche comedor, estábamos agotados y hambrientos. Renate no había comprado nada porque contaba con que saldríamos a cenar a algún lugar fino. Pero la mayoría de los restaurantes de la zona ya habían cerrado, excepto uno que quedaba al frente, un bar gay en el que servían muy buena comida y la música no era fuerte, algo que nuestro padre no soportaba. Pedimos chucrut y una carne que resultó tierna y un poco gris, y nuestro padre le hizo señas a la mesera y le preguntó: “¿Dónde está el lugar para las niñas?”. Carcajadas en el local. Eso le gustó. Cuando volvió del baño, cojeando y con la espalda encorvada, se sentó junto a los hombres maquillados de remeras escotadas y brazos musculosos y tatuados, que lo invitaron con unos tragos y brindaron por él; era el más pequeño, un pájaro gris entre tantas aves multicolores. Se reían, y él con ellos. No se reían de él, simplemente querían reír, igual que él, después del día difícil. No se interesó más por mi hermana y por mí. Lo oímos hablar en un tono que no le conocíamos, fuerte y claro; solía murmurar con una voz muy baja, a menudo

había que pedirle que repitiera lo que había dicho. Uno de los hombres se acercó a nuestra mesa y dijo: “Vengan. Su padre es de los buenos, realmente buenos, nos cae muy bien”. Recuerdo la frase palabra por palabra, y Renate también. Con eso quiso decir –eso lo interpretamos después– que nuestro padre, así de gris –es decir, como el funcionario que de hecho era, para colmo del área de Hacienda–, que nuestro padre era, en realidad, un hombre multicolor. Cuando Renate y yo nos acordamos de ese episodio, nos reímos fuerte, como se rio él. Entonces mi marido dice: “Otra vez se están riendo así porque se acuerdan de su padre en Berlín”. Y le digo: “Tienes razón”.

La fotografía que cuelga sobre mi escritorio me la dio mi madre. Fui a visitarla; ya hacía más de diez años que mi padre había fallecido y ella misma tenía más de ochenta.

Le dije:

–¿Tienes tiempo para mí?

–¿Cuánto? –preguntó.

–Mucho.

–O sea que se trata de tu padre –respondió–. ¿Tengo razón?

–Quiero escribir una novela sobre él.

–¿Real o inventada?

Le dije:

–Ambas, pero más real que inventada. Si tuvieras algo...

Ella:

–Espera hasta que me muera. Así no necesito enojarme.

Subió un piso y regresó con un sobre grande; adentro había unas diez fotografías, todas ampliadas al tamaño de un cuaderno escolar. Corrió al costado sus cigarrillos y una botellita de condimentos Maggi y desplegó las fotos sobre la mesa de la cocina. En todas aparecíamos también mi hermana mayor, Gretel, y yo.

—Son del Erwin Thurnher —dijo—. Alguna vez me las mandó.

—¿Quién es? —pregunté.

—¡Lo tienes que conocer! Es el fotógrafo que sacaba las fotos en Tschengla. Después de cada turno.

Me acordaba del hombre. Un ocupado. Se armaba un gran revuelo cada vez que colocaba su trípode y daba sus indicaciones.

—¿Qué hay con esta foto? —pregunté—. Esta. ¿Por qué Papi no está con nosotros?

—Eso lo tienes que saber tú —dijo—, yo no estaba allí. En esa época aún no lo conocía. ¡Míralo! ¿Qué habrá pensado en aquel momento? ¿Que tal vez aún podía estudiar? ¿O que no? ¿Que aún lograría convertirse en alguien? ¿O que ya no pasaría nada con él, nunca? ¿Que quizá las cosas se compondrían? ¿O que no? ¿Que se había evaporado todo lo que alguna vez había soñado? ¿O tal vez no? ¿Que ya no había esperanza? ¿Ninguna? ¿Que estaba por arrojarlos al abismo, a ustedes, su mujer y sus hijos? ¿Que él mismo caería en el abismo? ¿Que se había acabado todo, que era el final? ¿Que no quería vivir más? Porque él no quería estar allí cuando todo se hubiera acabado también para ustedes...

—¡Basta! —exclamé—. ¡Es imposible ver en una foto lo que alguien está pensando!

—Si sabes lo que alguien piensa, es posible verlo en su rostro —dijo ella.

—Con él, no —respondí—. Nadie pudo leer nunca su rostro.

Era más pequeño que los otros niños, y ninguno de los otros niños sabía muy bien qué era lo que él opinaba de ellos, y ese era el motivo por el que no lo dejaban jugar. Los otros también eran pequeños, más pequeños que los grandulones de la ciudad, pero igual eran más altos que él y más fornidos. Él era delicado. De piel blanca. Sin manchas rojas en la cara. Los ojos un poco

rasgados. Y pelo negro. Piel blanca, pura. Como una niña. No se reían de él. Ya de niño mi padre imponía respeto. Sospecho que se debía a que siempre hablaba con calma. Si alguien habla con calma, se da por sentado que no tiene razones para alterarse. Eso se aprecia. Por eso, todos apreciaban a mi padre. Pero si los niños habían planeado alguna estupidez —y en el campo, cuando solo se quiere jugar, siempre se trata de estupideces—, no querían tenerlo con ellos. Porque temían que les dijera que lo que hacían era una estupidez. Los nombres de las cosas recién aparecen más tarde: qué es la infancia, qué es la complicación, la estupidez, la calma, lo opaco...

La familia del más pobre de todos la pasaba mejor que mi padre y su madre. Ella era criada de un granjero en Lungau. Y soltera. Tenía dos conjuntos de ropa: uno de uso diario —vestido, delantal, medias, camisa, ropa interior— y otro de domingos. Como la mayoría de las personas. Pero el vestuario del domingo no le pertenecía. Se lo había prestado la mujer del granjero. Prestado para siempre, pero prestado al fin. Había varias cosas prestadas para siempre en su casa: vajilla, la pantalla de una lámpara, una sartén de cobre... no puedo enumerar todo, tampoco sé todo. Prestado no quería decir otra cosa que: no te pertenece. Lo que realmente le pertenecía era más o menos nada. El padre de su niño era el granjero. El hecho no se admitía ni se negaba. O sea que el niño también le pertenecía solo a medias. De eso, entre nosotros, no se hablaba. Mi padre lo evitaba. No quería saber nada de aquella época. Si el hecho hubiera sido oficial, seguramente habría usado la versión local de padre, *date*, para dirigirse al granjero. De eso por suerte se había salvado. Así, podía esquivarlo sin parecer desagradecido. Ante diversiones como bailar o cantar o nadar o actuar, mi padre siempre decía: “Por suerte me salvé de esto”. Lo pinto como un misántropo. Pero no lo era.

Una vez, mi hermana Gretel fue hasta el pueblo de Mariapfarr, en Lungau. Se interesaba por los orígenes, el pasado y la familia. Quería ver dónde había crecido nuestro padre; no buscaba establecer mucho contacto con quien fuera, solo que se supiera, eso pensaba. En aquella época, la madre de nuestro padre ya no vivía. Su hermana ciega, la bondadosa tía Genoveva, apodada Vev, sí. Nuestro padre no sabía que Gretel había ido a visitar sus orígenes. No le hubiese gustado. A esa altura, la tía Vev vivía en la casa del granjero; ya tenía más de cien años. El hijo del granjero —alquilaba el lugar durante el verano— tenía un buen corazón o, mejor dicho, hizo lo que haría cualquier persona decente: la casa era grande y mandó a construir una recámara en el altillo para ella. Una fuente grande de porcelana sobre la cómoda, una jarra con diseño haciendo juego y una jabonera: eso solo ya llenaba la mitad del pequeño ambiente. El agua la subía ella misma. Su cuerpo olía a jabón blanco, también el pelo. Gretel dijo que la tía Vev pasaba todas las mañanas sentada en su cama, peinándose. El pelo muy largo. Cien veces se peinaba; llevaba la cuenta. La señora y el señor de la casa la llamaban “nuestro buen espíritu”. Estaba siempre en todas partes; se deslizaba hacia arriba y hacia abajo, hacia su recámara y hacia la cocina, con la mano apoyada en la baranda: ese era el sendero de su vida. Los ojos, dos globos vacíos y lechosos. Comía con la familia en la mesa. La trataban bien.

Cuando mi padre aún era niño, la madre, la tía y él no vivían en la casa del granjero. Se las arreglaban en un cobertizo, al lado. Cuando se vive en una casa, en una buena casa, no se dice “arreglárselas”, se dice “vivir”. El cobertizo era un solo ambiente con piso de tierra apisonada. Dos ventanitas, del tamaño de un libro escolar. Las camas eran catres apoyados sobre soportes altos, porque era posible que tras una lluvia fuerte el suelo se convir-

tiera en barro. Que salía desde abajo. Las patas se apoyaban en cuencos con agua, había que rellenarlos todas las noches. Por los bichos. Qué tan útil resultaba, no lo sé. Las chinches, dicen, no pueden nadar, y tampoco saltan como las pulgas. Pero las pulgas sí saltan.

El hombre más rico de Mariapfarr era un constructor. Su casa era de piedra. Una casa de verdad, grande; la planta baja construida con piedras sin pulir, de una pieza; los dos pisos superiores cubiertos con un entramado de madera y yeso, y las persianas color rojo oscuro con una diagonal blanca, ancha, en el medio, como en un palacio. Hacia el sur, un balcón; había más vidrio en aquella casa que en todas las demás juntas. Nada de establos, ningún cobertizo. Ya de lejos se olía el cemento. Esa es una de las pocas cosas de las que a mi padre sí le gustaba hablar: el olor a cemento. Un olor a ciudad. A mí también me gusta el olor a cemento. Cemento fresco, ¡mmm! El constructor se llamaba Brugger. Y era el dueño de: una biblioteca.

Le pregunté a mi padre:

—¿A partir de cuántos libros es una biblioteca?

La pregunta le pareció muy inteligente y la elogió. Como siempre me elogiaba, me gustaba hacerle preguntas que tuvieran que ver con libros. Estábamos en “nuestra biblioteca”, la del Establecimiento de Recuperación para Lisiados de Guerra. Ese es el segundo olor que amo desde mi infancia: el del polvo de los libros. Cemento y libros, ¿qué más?

—Acá —dijo—. Acá hay 1.324 libros. Esto puede llamarse biblioteca.

—¿Y cuándo no es aún una biblioteca? —quise saber.

—Al menos una estantería llena debe haber —dijo él—. Pero una que vaya del suelo hasta el techo y que tenga al menos un metro de ancho. Entonces vale.